

Socialismo y fascismo en América Latina hoy*

THEOTONIO DOS SANTOS

1. *Un Balance Histórico*

La historia política reciente del subcontinente latinoamericano está marcada por la decadencia o debilitamiento de las corrientes nacionalistas y democráticas burguesas y por una radicalización política que tiende a poner frente a frente regímenes de fuerza con creciente contenido fascista y movimientos populares revolucionarios de progresiva tendencia socialista. La constatación de la existencia de esas tendencias se puede verificar cuando analizamos el proceso de lucha de clases en el continente después de la Revolución cubana y observamos que éste llegó a agudizarse en ciertos momentos, en los cuales se manifestó de manera cada vez más abierta la polarización que señalamos. Veamos algunas de esas coyunturas:

En 1961-64 hay una agudización de la lucha de clases en Brasil en respuesta a un intento golpista de derecha en 1961. En 1964 se conformó un enfrentamiento entre, de un lado, una alianza de fuerzas populares (**expresada en el Frente de Movilización Popular** que reunía las centrales obrera, campesina y estudiantil, el comando nacional de los sargentos y los oficiales nacionalistas, el frente parlamentario nacionalista, y que apoyaba al gobierno del presidente Goulart que hegemonizaba este conjunto de fuerzas sociales) y del otro lado la movilización de la derecha en torno a un movimiento de masas "por la familia, por Dios y por la propiedad", un frente parlamentario anti-comunista y la conspiración militar derechista, todo lo cual fue apoyado y articulado por un comando

* El presente trabajo fue elaborado como tesis para el V Encuentro de la Tribuna Internacional sobre "El Socialismo en el Mundo" a realizarse en Cavtat, Yugoslavia, del 27 de septiembre al 3 de de octubre de 1976.

militar dirigido por el propio jefe del Estado Mayor de Goulart (Mariscal Castelo Branco) y por la CIA. Este enfrentamiento nunca asumió una forma ideológica abierta entre socialismo y fascismo apareciendo como expresiones radicalizadas del nacionalismo de tendencias populistas y el liberalismo conservador de tendencias autoritarias. Sin embargo, la radicalización del enfrentamiento que rompió con 150 años de tradición constitucional brasileña (sólo interrumpidos por las luchas post-independientistas, la declaración de la república en 1889 que sucedía al Imperio, por la revolución de 1930 y por el gobierno del Estado Nuevo de Vargas en 1937-45) mostraba la gravedad del momento histórico y el paso hacia una nueva fase política marcada por un Estado de excepción permanente, en constante ampliación de su área de autoridad e intervención en la sociedad civil. La ideología fascista quedaba instalada en el poder combinada y hasta subordinada a fuerzas conservadoras con matices liberal-autoritarios.

El caso brasileño era el presagio de nuevos acontecimientos que indicarían la existencia de una tendencia histórica. En todos ellos interviene la mano brasileña, base de apoyo continental de una corriente política autoritarista que se sumaba a los organizadores internacionales de esta ola represiva: la CIA y el Pentágono.

En 1966, en Santo Domingo, un enfrentamiento entre militares tiende a convertirse en una guerra civil y el general Caamaño, líder de una de las facciones, entrega armas al pueblo. La respuesta del imperialismo se hace directa y rápida: se produce la invasión norteamericana de Santo Domingo, seguida del apoyo de la OEA y la formación de un ejército de ocupación interamericano encabezado por Brasil. De tal intervención resulta un gobierno conservador dirigido por Balaguer apoyado básicamente en sus fuerzas armadas y en las de ocupación.

En este mismo año, en Argentina, después de varios períodos de confrontación entre los sectores liberales civiles, los militares conservadores y el peronismo intentan instaurar un régimen militar dirigido por el general Onganía que debería reproducir el aparentemente exitoso modelo político brasileño. Este gobierno se enfrenta sin embargo a un movimiento obrero organizado, muy flexible y táctico que limita el poder de acción de la dictadura y somete la vida política nacional, a una fuerte presión, cuyo punto culminante es la explosión del cordobazo, que se alía a una lucha guerrillera bien dirigida para lograr los objetivos de retorno del peronismo que se da en 1971. (Paralelamente se forman movimientos guerrilleros independientes del peronismo, como el ERP, que desarrollan una estrategia propia a largo plazo). Entre 1971 y 1976 la vida política argentina se verá marcada por un auge de masas sobre todo obrero, de los más significativo del continente, aliado o paralelo a un movimiento guerrillero de gran aliento y un ataque violento de la derecha peronista (masacre de Ezeiza y formación de las AAA, hegemonía del aparato estatal por el fascista declarado López Rega) y del aparato militar. Tal

proceso tiene su primera culminación en el golpe de Estado de 1976, que busca imponer el camino del Estado autoritario conservador pero que cuenta con una corriente fascista muy activa la cual parece adquirir la hegemonía en ciertas circunstancias.

En 1968, un grupo militar de orientación nacionalista y populista se apodera del poder en Perú abriendo un período de transformaciones importantes en este país: nacionalización de la Gulf, del cobre, de los bancos, de la industria pesquera, de las tierras de la costa, etcétera. Posiblemente fue el único caso reciente de una importante transformación nacional-democrática exitosa en el continente. En ella, no participaron activamente las masas, que sin embargo desarrollaron su capacidad organizativa y su conciencia política en el contexto de las medidas progresistas del gobierno militar. Con el tiempo se va formando una organización sindical y campesina paralela a los intentos de control estatal, la cual empieza a chocar con la estructura rígida y tecnocrática del poder militar. En estas circunstancias la corriente militar más progresista busca formas de articulación con estas bases fracasando en general debido a sus concepciones paternalistas y a sus compromisos políticos institucionales. Al mismo tiempo, una corriente militar de derecha intenta formar una base de masas para-fascista. Ambas corrientes se debilitan y el proceso sigue su camino centrista hasta el momento, con un matiz conservador creciente.

En 1970-71, se produce en Bolivia un nuevo contexto político importante: después de años de gobiernos militares, inaugurados en 1960, que buscaron liquidar el fuerte movimiento obrero que había realizado con los campesinos la revolución de 1952, aparece una corriente militar nacionalista y popular que se apodera del Estado con apoyo del movimiento obrero y estudiantil. Este hecho abre camino a la formación de una Asamblea Popular, una especie de poder dual abierto que busca someter el gobierno militar a su dirección y aspira constituir un nuevo Estado socialista. Otra vez, la respuesta de la derecha no se dejó esperar. Ella fue articulada dentro de las fuerzas armadas, se apoyó en sectores de la pequeña burguesía y del campesinado acomodado y fue asesorada por la dictadura brasileña y por la CIA. En 1971 el jefe de Estado Mayor del gobierno del general Torres, el coronel Banzer, inició el golpe y después de una resistencia armada relativamente débil, se apoderó del poder.

Los procesos aparentemente aislados que describimos forman parte de una suerte de lucha de clases continental, que encuentra su culminación en Chile entre 1970-73. En este país la lucha de clases llega a sus últimas consecuencias y la lucha ideológica y política, amortiguada por el retraso de la sociedad civil de los otros países, esclarece de manera definitiva el contenido del proceso en curso en el continente.

El gobierno de la Unidad Popular es el primero que se establece en América Latina habiendo planteado un programa de objetivo socialista antes de llegar al gobierno. Incluso el gobierno revolucionario cubano sólo se convirtió en socialista dos años después de su llegada al poder. La ins-

talación del gobierno popular chileno fue el resultado del fracaso del reformismo demócrata cristiano y de la radicalización interna que sufrió este partido en consecuencia de la autocrítica que realizaron sus sectores democráticos (muchos de los cuales rompieron con la D.C. para reforzar la Unidad Popular).

El gobierno popular disponía, en consecuencia, de un respaldo mayoritario para las medidas anti-imperialistas y anti-latifundistas de su programa. Cuando estas medidas se completaron en el período de 1 año y medio y se plantearon las medidas antimonopólicas (nacionalización de las grandes empresas) y socialistas (planificación, dirección obrera, cambio del Estado burgués por otro basado en el poder popular) del programa de la UP, se produce el quiebre de este frente tácito y se inicia la lucha abierta entre la izquierda y la derecha para ganar los sectores medios aún indefinidos. Por un lado los trabajadores buscaban conformar un poder popular que estableciese las bases organizativas para profundizar las medidas tomadas y crear un nuevo tipo de Estado. De otro lado las fuerzas conservadoras y un sector fascista cada vez más organizado presionaban sobre la Democracia Cristiana y las fuerzas armadas para establecer una alianza en contra de la Unidad Popular. Las movilizaciones de masa, las acciones terroristas, la desorganización de la economía, el cerco parlamentario y jurídico, el terrorismo psicológico y la exacerbación de la propaganda irracionalista en los amplios medios de comunicación que poseía la derecha, asesorada y económicamente sostenida y dirigida por la CIA, culminaron con el golpe de Estado, en el cual apoyó directamente el Pentágono y que fue dirigido (¡una vez más!) por el Jefe del Estado mayor del Gobierno Popular.

Estos hechos son los más significativos: son las situaciones de punta de un proceso revolucionario y contra revolucionario continental. Tenemos también el caso de Uruguay, donde se formó un Frente Amplio que disputó elecciones con buenos resultados y donde los Tupamaros alcanzaron un alto grado de simpatía popular; y este país de una secular tradición liberal terminó en 1973 bajo un gobierno militar de los más reprensivos del continente. Está el caso de El Salvador, donde la Unión Nacional Opositora (UNO) ganó efectivamente las elecciones de 1971 y fue impedida de asumir el poder por el viejo mecanismo del fraude electoral y que terminó bajo un golpe militar de tipo institucional. Se dio también el caso guatemalteco, donde el movimiento guerrillero alcanzó un auge muy importante en el primer lustro de la década del 60 y terminó bajo otro gobierno militar. Otras varias situaciones similares dieron resultados no tan radicales, pero sí fórmulas intermedias.

2. *Algunas lecciones generales*

¿Qué nos enseñan esos hechos?

Ellos nos demuestran claramente tres cosas:

Primeramente, que hay un proceso de radicalización creciente de la lucha de clases en el continente y que las opciones ideológicas intermedias van perdiendo fuerza y dando lugar a soluciones extremas que rompen con una tradición histórica de compromisos e inaugura una nueva fase económico social y político ideológica. Eso no quiere decir que esas opciones intermedias no subsistan e incluso se mantengan en el poder en ciertos países. Sin embargo, de una forma o de otra aun estos regímenes que mantienen ciertos patrones democráticos se ven afectados y pasan por modificaciones, más lentas, pero que reflejan en lo fundamental las mismas dos tendencias generales señaladas.

En segundo lugar, el proceso de radicalización descrito conlleva en sí una tendencia a la formación de frentes de trabajadores de la ciudad y del campo que arrastran sectores de la pequeña burguesía y de la intelectualidad hasta un cierto punto en que la lucha de clases asume un carácter decisivo y se plantea la complementación de las tareas anti-imperialistas, antilatfundistas con la destrucción del monopolio industrial y financiero, su nacionalización y la centralización del poder económico en manos del Estado para iniciar la planificación de la economía y un proceso de construcción socialista. El paso a esta segunda fase del proceso revolucionario encuentra dos tipos de limitación:

a) Una limitación ideológica debida al contenido esencialmente democrático y nacional de los programas políticos populares y la falta de preparación ideológica del frente mencionado para dar este salto programático. Los obreros y sectores de la intelectualidad tienden a anticipar tales transformaciones más fácilmente que los otros sectores del frente, pero les falta experiencia y elaboración estratégica, táctica y organización para superar solos el impase en el momento preciso en que se hace necesario arrastrar consigo a los demás sectores populares.

b) una limitación social que se debe a la aparición de una contradicción objetiva en el seno de las fuerzas que componen el movimiento de masas cuando se agota la fase destructiva de un gobierno popular. La pequeña burguesía se ve amenazada por un proceso de socialización que se anuncia anárquicamente. La vacilación de las fuerzas populares y su división interna no permiten entregar soluciones, la economía tiende a estancarse, la inflación genera una gran intranquilidad social y demuestra la incapacidad del gobierno y del movimiento popular para resolver el empate de fuerzas sociales y políticas. En este momento se crean las condiciones sociales, políticas, ideológicas y psicológicas para la movilización activa de la derecha las cuales permiten arrastrar a la mayor parte de la pequeña burguesía hacia su lado y llevar a cabo el golpe de Estado exitosamente.

En tercer lugar, el surgimiento de regímenes de derecha, en tales circunstancias, no tiende a producir un fenómeno pasajero. La derecha sabe que necesita limpiar totalmente la vida política de los riesgos que lleva-

ron al avance del movimiento popular y logra transmitir tal sentimiento a amplios sectores pequeños burgueses, que quedan traumatizados con la "anarquía" anterior (anarquía en parte real, pues al no completarse el proceso de transformación revolucionaria, las medidas tomadas en la primera etapa son anuladas por la situación social de indefinición posterior y, sobre todo, pierden su sentido original al ser deshechas o manipuladas, bajo un nuevo signo, por la burguesía triunfante). Tal situación de terror contrarrevolucionario dominante conduce pues al vasto movimiento de fuerzas golpistas a entrar en la etapa siguiente en la cual el gran capital nacional y sobre todo internacional, asume el control del conjunto del proceso contrarrevolucionario. En esa nueva etapa de acción los gobiernos contrarrevolucionarios tratan de adoptar aquellas medidas que, según los teóricos del gran capital son las que permiten superar de manera definitiva los factores que permitieron el avance del movimiento popular y amenazaron la sobrevivencia del régimen económico social. Según esa interpretación, esos factores serían los siguientes:

a) las condiciones democráticas favorecidas por las libertades públicas democrático-burguesas serían la primera causa de la crisis vivida. En tal circunstancia, al nuevo régimen le cabe implantar el terror generalizado, la represión sobre las organizaciones de masa y los partidos populares y aun sobre sus aliados liberales que obstaculicen las medidas represivas, la censura sobre los medios de comunicación de masa, el control e intimidación de los intelectuales y de las universidades en particular. De esta manera se plantea una política sistemática represiva cuyo fundamento ideológico y psicológico es el de restablecer el orden social perdido.

b) la legislación liberal se convierte pues en un límite a esa política represiva y hace necesario establecer un Estado de excepción. Algunos sectores de orientación ideológica fascista plantean la formación de un Estado corporativo, tarea poco real en esas condiciones, debido al carácter altamente impopular de las medidas económicas que se adoptan para favorecer al gran capital y destruir la capacidad de reacción política de las grandes mayorías democráticas, e incluso de los sectores pequeño burgueses que apoyaron el golpe pero no se sienten contentos con el proceso de concentración económica y centralización de capitales que patrocina el gobierno generado por el golpe. A pesar de sentirse atraídos por un gobierno corporativista, los sectores pequeño burgueses no atraen la confianza suficiente del gran capital, ni disponen de la fuerza necesaria para imponerle sobre todo al capital internacional, su punto de vista y su participación institucional en el Estado por la vía del corporativismo. A pesar de esas diferencias, hay, sin embargo, un acuerdo general de fortalecer al Ejecutivo, de debilitar o extinguir el parlamento, y de aumentar el poder represivo del Estado.

Ideológicamente los dirigentes golpistas tienden hacia un ideal conservador de vida de carácter liberal y privado, que sea consistente con la

conservación de la sociedad civil. En general, en un primer momento, todas las limitaciones a la vida privada establecidas por el golpe se consideran como una situación transitoria. Sin embargo, la situación concreta atenta en contra de esta noción de transitoriedad. En Brasil, en 1964, se suspendieron los derechos políticos de los enemigos del nuevo régimen por 10 años, 12 años después no desaparecen las condiciones de excepcionalidad y se toman nuevas medidas de restricciones de derechos de los antiguos políticos. Al aprender esa lección el nuevo golpe de Estado uruguayo de 1976 aumentó el plazo de la suspensión de los derechos políticos de sus enemigos a 20 años. De esa forma, hay un compromiso real y cada vez más ideológico entre los sectores conservadores y los fascistas en búsqueda de una fórmula política autoritaria que suprima la condición de excepcionalidad y acepte la concepción de un nuevo Estado mucho más próximo al Estado fascista que al liberal autoritario.

En el plano económico se tiende al principio a restablecer sobre nuevas bases los principios de la libre competencia amenazados por las medidas intervencionistas de los gobiernos populistas y por los varios compromisos sociales del Estado, que afectaban la eficiencia y la productividad. Para ello es necesario atenuar las presiones del movimiento popular y manejarlo. Derrotado este movimiento y con la fuerza del Estado totalmente en manos del gran capital, éste no vacila en establecer las condiciones económicas perfectas para limpiar las empresas y los órganos públicos de los "excesos" de trabajadores, así como en destruir por la quiebra a las empresas ineficientes, en general de pequeña dimensión. Se instaura el reino de la "eficiencia" y la "productividad" y se desarrollan amplias campañas publicitarias para demostrar la preeminencia del crecimiento sobre la distribución del ingreso y de lo productivo sobre los "derechos sociales", etcétera.

Cabe señalar sin embargo que tal proceso no puede excluir un aumento creciente de la intervención estatal sobre todo como producto directo. Al Estado se le exige con todo, alta eficiencia para servir a los objetivos desarrollistas del gran capital. Esta eficiencia mostrará posteriormente contradicciones con los objetivos económicos liberales, al aumentar la capacidad competitiva de la empresa estatal, al ampliar su capacidad de acumulación y por lo tanto su expansión hacia sectores económicos de altas tasas de ganancia que normalmente se reservan al sector privado. Asimismo, la intervención del Estado sobre la economía, aun cuando sea para favorecer el proceso de acumulación con un mayor grado de concentración y centralización hace que aumenten al mismo tiempo sus instrumentos de acción así como el apetito intervencionista de la burocracia y la tecnocracia estatal.

Este conjunto de elementos políticos, jurídicos, ideológicos y económicos indican claramente que las dictaduras no vienen por un período pasajero sino para durar. Para que esta tendencia a la *duración* se convierta en una ideología abiertamente anti-liberal, que pretenda instaurar *defini-*

tivamente un régimen totalitario de carácter fascista, sólo hay una tenue barrera. Los regímenes dictatoriales actuales son pues una primera fase de un proceso de fascistización de más largo plazo. Cabe pues discutir más teóricamente la cuestión del fascismo, sea bajo su forma clásica, sea bajo su forma dependiente y atípica.

3. *Sobre la teoría del fascismo*

La discusión teórica sobre la posibilidad, viabilidad y características de un fascismo dependiente está en curso en América Latina. Ella tiene que pronunciarse sobre tres problemas. ¿Cuáles son las características esenciales del fascismo? ¿Cuáles son las condiciones históricas que llevan a su surgimiento en el subcontinente latinoamericano? ¿Cuáles son los elementos específicos que presenta esa modalidad del fascismo? Examinemos rápidamente cada uno de ellos.

Habiendo surgido en Italia en 1919 y llegado al poder en 1922, el movimiento fascista se extendió a toda Europa, a Estados Unidos y a América Latina. Posteriormente con el golpe de Estado de Pilsudsky en Polonia, en 1926, de inspiración fascista y con la victoria del nazismo en Alemania en 1933, el fenómeno fascista se presenta ya no solamente como un movimiento político, sino como una alianza de Estados nacionales que se extiende a España, Japón y posteriormente a casi toda Europa Continental ocupada por Alemania y formada de gobiernos colaboracionistas del nazismo.

Se hace pues necesario distinguir dos aspectos en el fenómeno fascista: el movimiento político y la formación de Estados fascistas, aliados y colaboracionistas.

Teóricamente se podría admitir la existencia de un Estado fascista que no fuese generado por un movimiento fascista sino por una ocupación o un golpe militar y así sucedió en Europa desde 1939 a 1945. Por otro lado se podría admitir el ascenso al poder de un movimiento fascista en posición subordinada aunque no se lograra establecer un Estado fascista, sino solamente formas parciales del mismo. Después de todo, el establecimiento de una legislación fascista en Italia, Alemania, España y Portugal fue el producto de largos años de negocios con los conservadores quienes abrieron en general la puerta hacia el fascismo.

La distinción señalada es también importante desde el punto de vista socio-económico, es decir, del contenido de clases del fascismo. El movimiento fascista surge en general en medios pequeños-burgueses, del lumpen proletariado y de sectores decadentes de la oligarquía terrateniente.

Mientras está formado por estos sectores tiene en general una vida vegetativa, escaso financiamiento y tendencias ideológicas anti-capitalistas al mismo tiempo que anticomunistas. El fascismo sólo se convierte en una fuerza capaz de llegar al poder y mantenerse en él cuando atrae el

interés y el apoyo del gran capital. Este apoyo se produce cuando éste necesita de las bandas fascistas para enfrentarse al comunismo o la revolución popular. La gran burguesía acepta pactar con esos bandos de desclasados y admite entregarles el poder sólo como último recurso, cuando su base social está profundamente minada. El movimiento fascista puede cumplir el papel regenerador del capitalismo porque expresa exactamente los temores, deseos, ambiciones y valores pequeño burgueses liberados de las trabas sociales que sofocan cotidianamente a la pequeña burguesía.

Estos valores pueden servir al gran capital por su anticomunismo y su ansia de liderazgo autoritario capaz de unificar por la violencia a una clase dispersa y anárquica en sus relaciones económicas y sociales. Ellos permiten justificar la represión al comunismo y a la revolución, represión aún más aceptable para un pequeño burgués que odia al proletario que es menos culto y más bruto y mal vestido que él, pero que está organizado en muchos más casos, posee ingresos superiores a las capas bajas de la pequeña burguesía, y tiene al futuro de su lado. Por fin, el pequeño burgués odia al proletario como símbolo de su futura proletarización, que él quiere evitar a toda costa. El pequeño burgués es pues la base social adecuada para realizar la represión del movimiento proletario. El fascismo enseña el arte de movilizar activamente a esos sectores y pasa a ser necesario cuando la clase obrera amenaza al orden capitalista, sin dar el paso decisivo hacia el socialismo, cuando se desgasta, se divide y se confunde políticamente y se expone así a la represión.

Pero el Estado fascista es un resultado de la fusión de este movimiento pequeño burgués con la burguesía, particularmente con los grandes capitalistas y tiene una base social distinta. Vimos que el movimiento fascista sólo puede llegar al poder de la mano de los conservadores y específicamente cuando el gran capital, que domina al Estado y a la sociedad, lo necesita, lo acepta y lo promueve. El régimen fascista deberá reflejar en consecuencia los intereses hegemónicos del gran capital. Esto entra en contradicción aparente con la base social del fascismo. Esta contradicción se manifiesta cuando el régimen se instaura y tiene que destruir el ala antimonopolista del movimiento, sujetar los grupos paramilitares y lograr un acuerdo político e ideológico con el sector de los conservadores dispuestos a aliarse con el fascismo. Cabe aún al régimen liquidar toda resistencia liberal, que se oponga a su consolidación.

De esta manera, el régimen fascista no es una aplicación "a outrance" de los ideales confusos y demagógicos del movimiento que le da origen y no obedece necesariamente a un patrón rígido. El régimen no lograría subsistir si aplicase mecánicamente tales ideales. Los regímenes fascistas concretos son el resultado de un compromiso entre esos ideales y las condiciones objetivas. Como todo proceso sociopolítico, es un producto también del pragmatismo. El Estado fascista no se diferencia del liberal en su esencia sino en su forma, que es importante pero no decisiva. El

Estado fascista busca eliminar la distinción entre la sociedad civil y el Estado, establece una adhesión incondicional del individuo al Estado, elimina el régimen de partidos y establece el partido único como extensión del Estado más que como expresión política de la voluntad de sus bases. Establece también el más fuerte verticalismo y militariza la vida social. Las formas corporativas deben ser vistas como partes de la articulación del Estado y del Partido, desde arriba hacia abajo, según la cual el orden económico y social busca controlar directamente las contradicciones nacidas de la lucha de clase en el plano económico y establecer la intervención estatal de manera más directa.

Pero el fascismo no elimina la propiedad privada, la organización empresarial capitalista y el derecho civil burgués, fundamento de aquella sociedad civil que se busca eliminar en el plano del derecho público.

Más aún, el fascismo favorece de manera especial el avance del monopolio al estimular todos los factores de concentración económica y centralización financiera y al someter a la clase obrera a condiciones negativas de negociación económica que facilitan la sobreexplotación de la fuerza de trabajo, y las altas tasas de ganancia que se revierten en favor del gran capital, del monopolio y del proceso de concentración en general.

En consecuencia, el fascismo, a pesar de su apariencia ideológicamente totalitaria, económicamente estatista y políticamente anti o unipartidista, es decir, en su conjunto anti-liberal, no deja de ser una expresión extrema de aquellos elementos esenciales que conforma el orden liberal capitalista. La oposición entre liberalismo y fascismo a pesar de ser real y de expresar estadios distintos del capitalismo, no es sin embargo absoluta. No es tampoco absurdo pensar en un régimen mixto entre el fascismo y el liberalismo político en el cual predomine tal o cual aspecto.

En esencia, por lo tanto, el fascismo sólo triunfa y se convierte en un régimen permanente cuando se cumplen ciertas condiciones históricas:

—primeramente, que haya una amenaza abierta o próxima de una revolución proletaria o que por lo menos sea percibida así por la pequeña burguesía y por los grandes monopolios, sin que la clase obrera tenga la fuerza suficiente para triunfar o aun para imponer condiciones democráticas que permitan continuar su desarrollo:

—en segundo lugar, que haya una necesidad de unidad nacional capaz de obligar a la gran burguesía a servirse de elementos marginales para garantizar su poder. Tales circunstancias son creadas en parte por la guerra civil, o su amenaza, pero también por las necesidades económicas de aquellos países que tienen un retraso histórico en el desarrollo del capitalismo y encuentran ciertas barreras exteriores en su expansión económica hacia el mercado externo y ciertas barreras interiores para la expansión del mercado interno (sobrevivencia de las aristocracias rurales y de relaciones pre-capitalistas, incapacidad del desarrollo capitalista tardío de absorber la mano de obra que abandona el campo y su tendencia a la

gran concentración del ingreso como producto de una monopolización rápida en las fases iniciales del crecimiento, etcétera).

—que el Estado democrático-liberal o formas poco articuladas de Estados de excepción no sean capaces de alcanzar la legitimidad social suficiente para mantenerse ni de asegurar los medios de represión, definiéndose una crisis general abierta de carácter institucional, de autoridad y económica (manifestada sobre todo en la ola hiper inflacionaria). Desde el punto de vista de sus características podemos afirmar que el fascismo es:

- un régimen totalitario del gran capital, ejercido por un sector social de su confianza de origen pequeño burgués en general. En el fascismo europeo este sector fue una organización paramilitar en los casos de Italia y Alemania o directamente militar en España. La importancia de las hordas paramilitares en la toma del poder determina el papel relativo del movimiento fascista en el régimen político que se instala posteriormente.
- un régimen represivo del gran capital que busca *destruir* la oposición comunista y ablandar la posición liberal, paralizar la crítica social e intelectual, destruir cualquier elemento ideológico de resistencia a su dominio total.
- un régimen del gran capital agresivo en lo exterior, con tendencias expansionista y anti Estados liberales, como una fuente mística nacional apoyada en ideales raciales, imperialistas, tradicionales, etcétera y en los enemigos de la unidad nacional que están a la vista. En este sentido su racismo tanto puede ser anti-judío, como anti-negro, o anti-blanco, o anti-árabe, etcétera. Siempre será, sin embargo, anti-comunista.
- una ideología irracionalista, que valoriza los elementos culturales románticos, heroicos y místicos y su vínculo directo con lo político. Ideología que debe buscar una difícil conciliación entre el totalitarismo en el orden público y el criterio privado en lo económico, rompiendo sin embargo con el capitalismo liberal puro y afirmando el papel de la intervención estatal y de las grandes empresas capitalistas.
- un movimiento político de origen pequeño burgués que se desarrolla en oposición al crecimiento del movimiento revolucionario del proletariado y que afirma el principio de la autoridad y la disciplina como forma de superar el “caos” social traído por la crisis y el desarrollo del movimiento obrero. La maduración de este movimiento y su capacidad de llegar al poder sólo se hace posible cuando tiene el apoyo del gran capital y se somete a su estrategia general.

4. *Sobre el fascismo dependiente*

Históricamente el fascismo surgió en las potencias hegemónicas, en las metrópolis coloniales. Sin embargo, es necesario señalar que tanto Italia, como Alemania, como España y Portugal eran potencias coloniales de segundo orden. Y si bien Alemania, así como Japón, podrían aspirar a convertirse en imperialismos importantes habría que suponer para lograrlo, una guerra victoriosa con Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Holanda y Bélgica. Es decir habría que cambiar radicalmente la faz de la tierra. Por esto el nazismo alemán tenía que aspirar a un universalismo que en la boca de Mussolini parecía ridículo y sonaba como una aspiración ideológica, utópica e inconsistente. Mientras tanto los fascistas españoles y portugueses sólo podían sobrevivir a la sombra de la protección inglesa y después norteamericana.

Brasil y Argentina son también países atrasados cuyas burguesías aspiran o aspiraban a lograr un poder económico y político imperial sobre América del Sur. Otras burguesías latinoamericanas pueden tener aspiraciones similares. Sin embargo, ellas no pueden alcanzar ni siquiera la hegemonía de su economía nacional, pues iniciaron su desarrollo capitalista industrial en la etapa en que el capitalismo mundial había alcanzado un alto grado de integración económica bajo la hegemonía de Estados Unidos, el cual está articulado por las corporaciones multinacionales, factor concentrador de la tecnología y de la producción y centralizador del capital en escala internacional, que destruye la capacidad de las burguesías locales de dominar sus mercados internos de bienes, servicios y capitales. Al mismo tiempo, cualquier proceso de expansión hacia el exterior encuentra un mercado ocupado por estos gigantes multinacionales difíciles de derrotar o aun de competir con ellos.

En tales condiciones, el proceso político en los países capitalistas dependientes tiene que reflejar esa dinámica internacional. En los años 30, los intentos de liberación nacional y desarrollo industrial latinoamericanos chocaban con los dominadores inmediatos, ingleses o norteamericanos y muchos de sus dirigentes veían en el fascismo italiano y en el nazismo alemán un posible camino político interno y una fuente de ayuda internacional. Sin embargo, las copias del fascismo hechas principalmente por Vargas y Perón nunca lograron identificarse con esos regímenes, pues si bien atendían a un impulso nacionalista y de crecimiento industrial similar al italiano tenían que apoyarse en bases sociales distintas. La pequeña burguesía latinoamericana se mostraba insuficiente para liderar un proceso fascista, el gran capital local de carácter agrícola, comercial y financiero tenía que ceder paso a una burguesía industrial naciente, que buscaba apoyarse en el Estado y utilizar en su favor a la clase obrera. Las formas corporativistas hacia las cuales tendía el Estado latinoamericano reflejaban, pues, un ideal liberador y no reaccionario, pero al mismo tiempo enajenaban el movimiento obrero al capital industrial y a una

ideología nacionalista burguesa, autoritaria y desmovilizadora de la clase en un sentido revolucionario.

Esta ambigüedad constitutiva de esos regímenes hizo que se los identificara con el fascismo (Perón, Vargas y hasta Cárdenas fueron acusados de fascistas) para después rehabilitarlos históricamente o en el propio transcurso de sus gobiernos, (como los casos de Cárdenas y Vargas) y convertirlos en campeones de la democracia, del anti-fascismo y del anti-imperialismo. Visiones ambas equivocadas al no reconocer la naturaleza ambigua que los caracterizaba, con sus vacilaciones y oscilaciones políticas.

Hoy día la situación es diferente: los gobiernos de fuerza se constituyen en contra de los herederos del populismo anterior o de expresiones más conscientes del reformismo y de la revolución obreras. ¿Qué extraños movimientos se producen en la sociedad para que puedan darse tales fenómenos históricos tan contradictorios?

Es que el populismo perdió su vigencia histórica al fracasar la clase social que lo hegemonizó y le dio origen. Las burguesías locales, que habían ganado cierta autonomía en el mercado internacional durante la depresión mundial de 1929-34 (y la insuficiente recuperación de 1935-38 que condujo a una nueva crisis así como durante la guerra mundial de 1939-1945) habían intentado establecer un desarrollo industrial basado en el capital nacional, en la defensa de su mercado interno por medio del proteccionismo cambiario, en la importación de tecnologías y en un conjunto de medidas de desarrollo económico. Tales aspiraciones fueron vanas pues, terminada la guerra e iniciado un nuevo ciclo de acumulación capitalista en escala mundial cuyas características hemos señalado, la burguesía internacional pasó a ocupar el espacio de estas burguesías locales.

El enfrentamiento entre el nuevo modelo de acumulación basado en el capital multinacional y el viejo modelo nacional-democrático se produjo en cerca de 20 años de importantes conflictos políticos. De un lado, el imperialismo con un gran aparato financiero internacional (el FMI y el BM) y regional (BID, Eximbank, Alianza para el Progreso), un enorme instrumental militar (Tratado de Río de Janeiro, entrenamiento de oficiales, misiones militares, UNITAS, etcétera) el control de la venta de armamentos, el dominio de los esquemas estratégicos internacionales y continentales, el control de la tecnología en pleno desarrollo de la revolución científico-técnica, la movilidad extrema de capitales y el "know how" del proceso productivo y de la comercialización.

De otro lado, burguesías locales desarrolladas desde posiciones muy débiles y enriquecidas rápidamente con la oportunidad de las crisis internacionales de 1914-1921 y 1929-1945, que contaban con el apoyo de un movimiento popular muy activo, pero poco organizado, y de manejo tanto más difícil cuanto más lejos había que llevar el enfrentamiento con el imperialismo; que aun contando con el Estado, era este producto de

enormes conciliaciones de clase, sea con la oligarquía tradicional sea con los nuevos sectores de trabajadores emergentes. Esa burguesía local se caracterizaba, pues, por una debilidad intrínseca desde el punto de vista económico (baja productividad asegurada por la protección cambiaria), financiero (proceso de especulación financiera con la ayuda directa del Estado), y político (frente de clases débil y contradictorio, compromisos políticos gravosos para el aparato estatal, tendencia al déficit presupuestario permanente con sus consecuencias inflacionarias y su tendencia a la agudización en varios momentos históricos más críticos).

Fue relativamente fácil convencer a esta burguesía local de que no tenía otro camino que integrarse en los mejores términos posibles al capital internacional. Pero no fue así con respecto a las bases obreras y pequeño burguesas que continuaron impulsando el programa nacionalista y democrático al que dieron sin embargo una tonalidad cada vez más estatista, intervencionista y anti-imperialista. Era pues difícil tirar por la borda este frente de masas, que se fue enfrentando progresivamente al imperialismo hasta producirse un nuevo sistema de fuerzas en muchos países: De un lado el imperialismo y sus aliados nacionales (capitalistas, técnicos y gerentes, sectores de asalariados de clase media aspirantes a un consumo de productos tecnológicamente más avanzados que fabrican las empresas internacionales), de otro lado, los sectores populares (obreros, campesinos, sectores de la clase media de bajos ingresos, parte de la pequeña burguesía) y unos pocos sectores burgueses que aún mantenían una aspiración nacionalista.

Este nuevo enfrentamiento de bloques sociales se hizo aún más patente con el avance de la Revolución cubana desde su período democrático y nacional entre 1958-60, hasta el período socialista que instituyó la primera República Socialista de América Latina. Ello demostraba de manera evidente los límites del nacionalismo burgués y también que una lucha anti-imperialista consecuente conducía inevitablemente al socialismo.

La lucha en contra de una revolución social, en proceso de maduración en el continente, tenía que ser articulada continentalmente. Solamente el imperialismo norteamericano tenía los contactos, los medios técnicos, los recursos financieros y el poder político para dirigir tal lucha. La operación fue montada en torno de 3 elementos básicos: reformismo económico, reformismo político y represión (contra insurgencia y donde hiciese falta regímenes militares).

Los militares fueron considerados como una élite de clase media con aspiraciones modernizadoras. La doctrina de la seguridad nacional integraba los tres elementos señalados. Para lograr la seguridad interna no bastaba combatir una insurgencia que tenía orígenes sociales en el subdesarrollo y en la demagogia populista. Había que transformar la economía por la vía de reformas no revolucionarias, que estimulasen el libre juego del mercado y el predominio de las fuerzas tecnológicamente más avanzadas. Había también que reformar el poder político substituyendo la

demagogia populista por la eficiencia organizativa, la programación técnica y despolitizada, superior a las presiones de masas incapaces de lograr resultados eficaces.

La doctrina de la seguridad nacional ha sido la base ideológica que permitió unificar políticamente a la mayoría militar. Su contenido fascista es poco similar al clásico, pero es muy claro: esta ideología substituye la figura del jefe por una élite tecnocrática militar y civil, la del partido por el aparato burocrático nacional militar; por otro lado, la idea de la represión y del orden como factores del desarrollo nacional de la fortaleza de la nación es típicamente fascista. El movimiento fascista de base sólo se hace necesario para provocar la desestabilización del poder de las masas. Se han usado también las milicias y los grupos para-militares para disminuir la responsabilidad directa de las fuerzas armadas en las tareas más sucias de la represión. Sin embargo, ha sido necesario siempre controlar y subordinar tales aparatos (muchas veces compuestos de militares retirados, policías y hasta de militares en ejercicio) que tienden a veces a cierta autonomía de acción y a una violencia irracional.

¿Qué diferencia pues a ese fascismo de aquel de los modelos clásicos?

Primeramente, se trata de un Estado impuesto desde arriba, que fortalece antes al capital internacional que al nacional (pero hoy día es el primero y no el segundo quien representa al gran capital aun a nivel local pues las mayores empresas del país son las transnacionales), que prefiere una represión de élite antes que movilizar las bases. Por fin, dado el carácter de compromiso político que se produjo en algunos países, el ala fascista no ocupa los puestos de mando principal y opera más bien en la sombra.

En estas condiciones es natural que, en segundo lugar, se produzca cierta independencia relativa entre el movimiento político fascista relativamente débil (que sólo alcanza cierto auge en situaciones críticas cuando este movimiento asume un carácter ideológicamente muy difuso) y el Estado fascista dominado por la élite empresarial, militar y tecnocrática. Tal Estado no puede recurrir sin problemas a mediaciones corporativas, pues no tiene mayores esperanzas de subordinar orgánicamente a la clase obrera y hasta a la pequeña burguesía, en general descontenta con el carácter claramente entreguista y pro-monopólico de la política fascista.

En tercer lugar, tales contradicciones internas debilitan estos regímenes fascistas, dan cierto espacio para la sobrevivencia política del movimiento popular, y, dialécticamente, obligan al régimen a apoyarse en una interminable acción represiva que busca resolver por la fuerza la falta de legitimación ideológica.

En cuarto lugar, el régimen sobrevive apoyado mucho más en una apatía política de amplios sectores pequeño burgueses y obreros que en una capacidad real de ganar su apoyo activo. El fascismo actual se muestra pues más débil políticamente que los modelos clásicos.

Estos elementos generales nos ayudan a plantear el último punto de este trabajo: la cuestión de la lucha antifascista.

5. *La cuestión de la lucha antifascista*

La victoria de varios golpes fascistas en América Latina y en otras partes del Tercer Mundo, el crecimiento de movimientos fascistas en Europa y América del Norte, la derechización de los partidos conservadores y la elaboración de una estrategia global del imperialismo de inspiración golpista, son el resultado de una doble característica de la crisis general del capitalismo contemporáneo. De un lado, la crisis general del capitalismo crea las condiciones de desarrollo del movimiento popular, su fortalecimiento, su mayor audacia ofensiva, su mayor radicalismo. De otro lado, la perspectiva de un movimiento de masas en ascenso agudiza la capacidad de reacción de la burguesía, aumenta su decisión contrarrevolucionaria, radicaliza sus concepciones políticas y estratégicas antiobreras.

En estas condiciones históricas, la cuestión de la democracia gana una dimensión predominante. La burguesía monopolítica que hegemoniza el proceso socio-político tiende a restringir abierta o subrepticamente los derechos democráticos de las masas. De otro lado, las masas tienden no sólo a luchar por conservar esos derechos sino también a ampliarlos y, lo que es más importante, a utilizarlos con el sentido de transformar el orden social existente. Es decir, la lucha democrática se inserta claramente en el interior de la lucha por el socialismo. Esta mutación de la conciencia de las masas tiende a transformarse en un fenómeno internacional, cada vez más intenso y profundo.

En los países dependientes, la lucha democrática está directamente asociada con la lucha anti-imperialista y anti-latifundista. Y, como resultado de un proceso de sumisión del desarrollo capitalista local al dominio del capital internacional, las luchas democráticas, anti-imperialistas y anti-latifundistas, en la medida en que son llevadas a sus últimas consecuencias, se insertan necesariamente en la lucha por el socialismo, único régimen capaz de permitir la consolidación de las transformaciones democráticas, anti-imperialistas y anti-latifundistas.

Por esta razón, se va estrechando cada vez más el margen de actuación liberal del imperialismo y de sus aliados locales en cada país. La opción fascista se transforma pues en una necesidad de supervivencia del gran capital internacional y local. Esta es la verdadera naturaleza del facismo dependiente, por más que puedan variar sus formas.

La lucha antifascista asume en consecuencia un carácter universal y continental. Y a pesar de que el programa mínimo inmediato del frente de fuerzas antifascistas debe restringirse al objetivo concreto de paralizar la represión y derrumbar a sus ejecutores, estos objetivos no son sufi-

cientes para despertar la confianza y la decisión política de las grandes masas. Ellas tienen que ser advertidas de que la única destrucción efectiva del fascismo sólo se logra llevando hasta sus últimas consecuencias la lucha contra el imperialismo, el latifundio y los monopolios e iniciando la construcción de una sociedad socialista.

La claridad de este objetivo final se hace aún más evidente cuando se comprende que el fascismo es una solución desesperada, el último recurso de supervivencia del gran capital en la fase del proceso de la revolución socialista mundial.

Esto no quiere decir que la burguesía no monopólica y aun los sectores más políticos del gran capital no estén preocupados por abrir una perspectiva democrática burguesa que permita una solución de recambio frente a una eventual ruina de los regímenes fascistas, cuya falta de legitimidad y precaria base social es evidente y preocupante para tales fuerzas.

No ha sido otra la razón por la cual la Social Democracia ha buscado penetrar en el movimiento obrero no sólo latinoamericano, sino en el de África y de Asia para abrir un camino no socialista de lucha antifascista, camino al cual se suman también sectores demócratacristianos y nacionalistas de izquierda.

La lucha por la hegemonía burguesa, pequeño burguesa o proletaria en la lucha antifascista pasa a ser el aspecto fundamental de esa lucha en la etapa actual. El proceso de maduración ideológica del movimiento obrero latinoamericano ha sido lento por el propio retraso económico de esas masas, sus aspiraciones políticas atrasadas, y la hegemonía ideológica que ejerció el nacionalismo burgués sobre el movimiento popular, y, por último, debido a la enorme y bien orquestada ofensiva ideológica del imperialismo en torno de un reformismo desarrollista que pone especial énfasis en la eficiencia y la seguridad.

La clase obrera latinoamericana tiene sin embargo algunas experiencias políticas importantes que pueden acelerar su desarrollo organizativo y político independiente y en consecuencia, tiene capacidad para hegemonizar la lucha antifascista y darle un contenido radical de liquidación de sus raíces económicas y, por lo tanto, de conducir de manera continua y revolucionaria la etapa del derrumbe del fascismo hacia la etapa inmediatamente superior de lanzamiento de las bases para la revolución socialista.

Estas experiencias políticas están expresadas en el fracaso continental de los movimientos populistas, en la imagen positiva y alentadora de la construcción socialista en Cuba y, a nivel internacional, en el despliegue de ejemplos revolucionarios de líderes auténticos aunque hubiesen fracasado en sus intentos inmediatos, en la discusión estratégico táctica creciente, en el desarrollo del pensamiento marxista en el continente e internacionalmente. Por fin, no puede dejar de influir en la formación de esa conciencia el avance del movimiento obrero en los países desarrollados y de la revolución en los países coloniales, particularmente en el Sudeste Asiático y en África.

La amenaza del fascismo se ha convertido en el problema político fundamental de América Latina. En los países bajo dictadura militar la cuestión principal es la de impedir su consolidación frente a las masas y lograr movilizarlas para provocar su caída utilizando todos los medios a disposición del movimiento popular. En los países donde persisten condiciones liberales, la tarea principal es la de impedir por la firme acción de las masas que las vacilaciones y debilidades liberales abran una vez más camino a la victoria de los sectores fascistas, alentados por el imperialismo. Tanto en un caso como en el otro, la única seguridad de triunfo en contra del fascismo y la apertura de las condiciones para una ofensiva revolucionaria de las masas es la independencia política y organizativa del proletariado, su conciencia socialista y sobre todo, como resultado y parte de la concreción de lo anterior, una firme y decidida acción del movimiento obrero y de sus partidos de vanguardia para agrupar en torno suyo a todas las fuerzas afectadas por el fascismo y por su base social, constituida por los monopolios nacionales e internacionales.

La única seguridad de triunfo sobre el fascismo depende aún de que el movimiento obrero sea capaz de entender la unión intrínseca de las tareas democráticas y anti-imperialistas con las tareas socialistas, que son las únicas capaces de asegurar la consolidación de las primeras; de su capacidad de entender, por otro lado, que el éxito de las tareas socialistas está condicionado por su capacidad de dirigir victoriosamente, sin sectarismos, pero al mismo tiempo sin compromisos paralizadores, las tareas democráticas; de no perder el apoyo de una sola fuerza ni de un solo aliado en la lucha contra el fascismo, los monopolios nacionales e internacionales y contra el latifundio; de no amarrarse las manos con ningún aliado o fuerza social que restrinja la profundidad de la lucha. Este es el desafío táctico que enfrenta un movimiento obrero en proceso de maduración.